

Siempre ha sido así: el olor de los andenes de la estación por la noche le produce a Akhila sensación de aventura.

El largo pasillo de cemento que se adentra en la noche roto por los indicadores y las luces y sombras de las farolas de la estación. Los brazos móviles del reloj que marcan un ritmo acuciante al ruido de las pantallas de televisión colgadas y al crujir de las carretillas cargadas de cestas y sacos. El bullicio del sistema de altavoces que cobra vida con un chasquido para anunciar salidas y llegadas. El jazmín del pelo, el sudor y el fijador de pelo, el talco y la comida rancia, las bolsas de arpillera húmedas y el fuerte aroma verde de las cestas de bambú. Akhila respira todo esto y vuelve a pensar en la aventura. Una marea de personas lanzándose en pos de aspectos de la plenitud de los que ella no tiene ni idea.

Akhila ha pensado en ello con frecuencia. En formar parte de esta marea que entra en los compartimentos y se acomoda en sus asientos, que coloca sus equipajes con sus billetes bien agarrados. En sentarse de espaldas al mundo, con la mirada fija al frente. En marcharse. En huir. En escapar. En un tren que entra en una estación traqueteando, tambaleándose y trompicando. Akhila se sienta al lado de una ventana. Todo está en calma salvo el tren. La luna cuelga sobre su hombro y viaja con ella. Se desplaza a través de una colección de paisajes nocturnos, enmarcados todos por la ventana. La luz de una casa. Una familia reunida alrededor del fuego. Un perro aullando. Una ciudad lejana. Las aguas negras y oleaginosas de un río. Una colina amenazadora. Una carretera serpenteante. Un paso a nivel con las luces

de cruce reflejadas en las gafas de un hombre que espera en su moto con las manos a los lados, un pie en el suelo, la cabeza ladeada, observando, esperando a que el tren pase.

En la estación, los retratos sustituyen a las impresiones. Reencuentros. Despedidas. Una sonrisa. Lágrimas. Rabia. Impaciencia. Ansiedad. Aburrimiento. Inmovilidad. Akhila los ve todos. El tren empieza a moverse.

Akhila sueña que ya está allí. Y que no está. Que suma los recuerdos momento a momento.

Pero la verdad es que Akhila nunca ha comprado un billete de tren expreso hasta ahora. Nunca ha subido a un tren nocturno con destino a un lugar que no conoce.

Akhila es una de esas mujeres. Hace lo que se espera de ella; de lo demás sólo sueña. Por eso colecciona sinónimos de esperanza igual que los niños coleccionan billetes usados. Para ella, la esperanza está entrelazada con los deseos no satisfechos.

Cielos azules, un rayo de sol entre las nubes. Akhila sabe que eso no son más que ilusiones provocadas por ver el mundo a través de cristales de color rosa. Ya hace tiempo que redujo a añicos sus gafas de cristales rosas y las cambió por unas de montura metálica con cristales incoloros en interiores y que se oscurecen al aire libre. Hasta el sol deja de brillar cuando los cristales de Akhila se vuelven de un marrón oscuro.

Pues ésta es Akhila. Cuarenta y cinco años. Sin gafas de color rosa. Sin marido, sin hijos, hogar ni familia. Sueña con la aventura y los espacios abiertos. Anhelante de saber.

Akhila no era una criatura impulsiva. Necesitaba tiempo para tomar cualquier decisión. La sopesaba, la meditaba, la consultaba con la almohada y sólo cuando había analizado todos y cada uno de sus matices y posibilidades, se decidía.

Hasta los saris que llevaba revelaban esta característica. Saris de algodón almidonados que exigían organizarse con tiempo. No como los de gasa o los de seda artificial, de lavar y poner. Ésos eran para gente que cambiaba de idea más de seis veces cada mañana antes de decidir lo que se iba a poner. Para las indecisas y las alocadas. Los saris almi-

donados necesitaban una cabeza ordenada y Akhila se enorgullecía de ser una persona organizada.

Pero cuando se despertó aquella mañana, arrancada del sueño por una diminuta mosca de alas transparentes y compacto cuerpo negro, irremediablemente perdida, imparabile e inquieta, que volaba zumbando por encima de su cara, Akhila sintió en su interior una extraña necesidad de viajar. Pensó que era consecuencia de los sueños que había tenido la noche anterior.

La mosca se posó en su ceja un brevísimo segundo y se frotó las patas con energía. Las moscas hacían esto todo el tiempo; cargando y descargando enfermedades y desengaños. Pero aquélla, un adulto joven, no tenía para descargar más que gérmenes de insatisfacción. Akhila la espantó con un gesto de la mano, pero la mosca ya había llevado a cabo su misión. Una corriente de ideas como larvas inundó su roja sangre y su pensamiento hasta que Akhila sintió un profundo deseo de subirse a un tren. De marcharse. De ir a algún sitio que no estuviera en medio de la tierra, como aquella ciudad de Bangalore. Al fin del mundo, quizás. Al menos de su mundo. Kanyakumari.

En Kanyakumari se juntaban los tres mares. El golfo de Bengala, el océano Indico y el mar Arábigo. Un tranquilo océano masculino flanqueado por dos revoltosos mares femeninos. Akhila había oído contar que en Kanyakumari, que entonces se llamaba Cabo Comorin, el decidido y valeroso Narendra se lanzó a las peligrosas aguas y a las sales de los tres mares y nadó hasta una roca, en la que se sentó resuelto a encontrar las respuestas que se le habían resistido toda la vida. Al dejar la roca se había convertido en Vivekananda, el que ha encontrado el gozo de la sabiduría. El santo que enseñó al mundo a levantarse, a despertar y no rendirse hasta haber conseguido sus objetivos.

Había leído que Kanyakumari recibió su nombre de la diosa que, como ella, puso su vida en suspenso, condenándose a una espera eterna. Y que la playa estaba hecha de arenas multicolores; los restos fosilizados de un banquete de bodas que nunca se sirvió ni se comió.

Akhila, tumbada en la cama con la mirada fija en la ventana, decidió que se iba. Esa misma noche.